Por su larga trayectoria como director de coros, su excelente calidad humana y su entrega a la música, el Comité Editorial de Resonancias ha querido

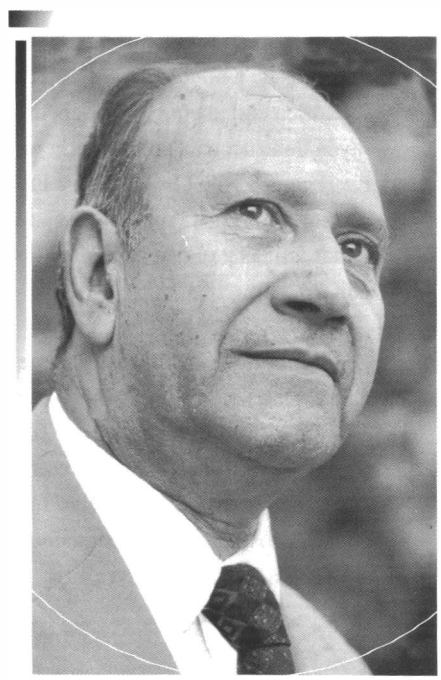
Hugo Villarroel Cousiño (1921 - 2001)
Una Vocación en la actividad Coral

VARIOS AUTORES

recoger los testimonios de personas cercanas al maestro. Ellos tuvieron el privilegio de participar de su experiencia y hoy desarrollan la actividad profesional recordando el gran entusiasmo que él siempre supo transmitir.

Ruth Godoy, Directora de Coros Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, aporta un breve perfil biográfico en el que destaca el talento de Hugo Villarroel:

Conocí a Hugo en 1967, año en que viajé becada a USA, para realizar un curso de Dirección Coral con Robert Shaw. Le pedí a él que me reemplazara en la dirección del Coro del Conservatorio con el cual preparaba el Oratorio *Acis y Galatea* de Haendel para la Temporada Sinfónica de Primavera.



Desde el primer momento me llamó la atención su sencillez como persona y su talento para interpretar la música. El no se hacía ningún problema con las partituras por difíciles que ellas fueran. Todo lo resolvía estupendamente con su talento, su oído absoluto y su intuición. Sí, porque

a él le tocó trabajar en una época en que no existía la carrera de Director de Coros, ni de Orquesta (que aún no existe). Tampoco venían todos lo años, los "capos" de Europa, de Estados Unidos o de otros países a dictar cursos de perfeccionamiento, ni se ofrecían los postítulos y diplomados que tenemos ahora a disposición de las nuevas generaciones de maestros corales.

No conozco su preparación musical, pero tengo entendido que fue seminarista, niño de coro del Seminario Pontificio, donde también estudiaron Mario Baeza y Waldo Aránguiz, y a juzgar por la calidad humana y musical de estos maestros, la formación religiosa y espiritual y la educación musical recibida, indudablemente marcaron su manera de ser, su filosofía de vida.

Siendo estudiante de leyes de la P. Universidad Católica, ingresó al Coro de la Universidad de Chile, pasando luego a ser subdirector. Dejó su carrera para dedicarse por completo a la música. Dirigió el Coro Sinfónico y el Coro Madrigalista de la Chile, también el Coro de la U.C. Hizo música *a capella*, realizando giras de conciertos por todo el país. Como director del Coro Sinfónico le tocó preparar todas las obras de las Temporadas desde el año 1973 hasta el final de su carrera.

Otro aporte importante de Hugo Villarroel a la música, fueron sus arreglos corales: sencillos, bonitos, fáciles de cantar y muy agradables de escuchar. Tenía una sensibilidad exquisita y sus arreglos eran muy finos. Conozco armonizaciones suyas de música litúrgica, como *Te Deum*, misas, himnos, *Magníficat*. Entre sus arreglos de música popular, quién no ha disfrutado con el *Negrito muy fino*, que se ha paseado con los coros de Chile por el extranjero, o *Mi Cutral*, que fue la primera canción folclórica chilena que yo enseñé a mi coro ("Es mi araucana linda como rayén de azucena...) o *Bajando pa' Puerto Aysén* y el arreglo coral de *La Tranquera* de Osmán Pérez Freire, que es también una maravilla, con sus contrastes timbrísticos en la alternancia entre voces femeninas y masculinas y el uso de onomatopeyas, imitando las cuerdas de una guitarra.

Creo también que Hugo Villarroel fue un gran maestro y amoroso padre. De ello dan fe sus hijos Juan Pablo y Hugo a quienes conozco y están en la brecha que les dejara. Tuve a Hugo hijo como alumno de Dirección Coral, él ya sabía bastante, pero era muy sencillo en la clase y buen compañero, aún cuando tenía también gran talento y capacidad, lo que se evidencia en la calidad de los coros que dirige, asimismo su hermano. Bueno, esto es herencia del padre, que sabía enfrentar su trabajo con talento, disciplina y responsabilidad.

La labor efectuada en el campo de los arreglos corales es uno de los aspectos que prácticamente todos nuestros colaboradores reconocen. Víctor Alarcón, Director Coro de Estudiantes y Profesor Instituto de Música PUC y Programa "Crecer Cantando" escribe:

> Tal vez el rasgo más destacable de la personalidad de don Hugo fue, como decía Unamuno, su condición de "Amor y Pedagogía" y su bondad en la entrega pedagógica. Así lo pudimos apreciar quienes compartimos con su familia, sus alumnas y ex-alumnas y cientos de cantantes de coro en su misa de despedida. Fueron muchos los testimonios y la emoción de gentes de todas las edades, lo cual envolvía a toda la asamblea en el convencimiento de que despedíamos a un gran maestro.
>
> Si bien es cierto que don Hugo fue conocido principalmente por sus largos años vinculado al Coro Sinfónico de la Universidad de Chile, debemos destacar también sus importantes aportes a la vida escolar. Desde el punto de vista musical, éstos se expresaron en sus coros, los cuales siempre tuvieron un nivel destacado, pero también en sus numerosos arreglos para distintas agrupaciones de voces iguales y voces mixtas. En canciones populares chilenas como: *El Tortillero*, *Mi casa de campo* y *Mi caballo blanco* observamos las características más sobresalientes de su pluma de arreglador:
>
> • El respeto por el carácter de la melodía original.
> • El desarrollo armónico, siempre interesante, lleno de colorido y de soluciones novedosas.
> • La conducción de las voces, siempre pretendiendo una solución melódica para cada una de ellas, procurando movimiento y cierto lirismo.
> • El respeto por las tesituras de las cuerdas.
> • El gusto por la sonoridad "comunitaria" y el respeto por el texto, que se expresa en su predilección por la homofonía, evitando los largos episodios contrapuntísticos.
>
> En su faceta de arreglador se encarna nuevamente el pedagogo. Escribe para sus propios coros o por encargo, fijándose siempre en las cualidades y límites del instrumento para el cual escribe. Exigente y cuidadoso, sus arreglos son una escuela donde el coro debe esforzarse por solucionar ciertas complejidades que están puestas para ser logradas. Su interés no es poner piedras en el camino, su escritura es práctica y concreta. Los buenos coros amateurs chilenos, de todas las edades, pueden cantar sus arreglos. En ellos encontrarán un verdadero tesoro que les permitirá desarrollar sus capacidades técnicas y entregar al público bellas canciones realizadas con "Amor y Pedagogía".

Fue a raíz de un artículo publicado en *El Mercurio* en 1975, titulado "Los Bomberos del Arte", y por su interés profesional en torno a la voz, como Mauricio Cortés, Director Coro de Cámara PUC, Coro de Cámara Codelco Chile, de la Agrupación Musical *Cum Laude* y Profesor Instituto de Música, conoció a Hugo Villarroel. Al respecto recuerda:

> ... al verlo dirigir, me impresionó su vigor en los ensayos tanto en lo concerniente a su batuta (forma de dirigir) como a los requerimientos que le exigía a los coralistas. Sus versiones musicales traducían esta energía. Por otro lado, él tenía un oído musical privilegiado. Gozaba de un perfecto "oído absoluto", no requiriendo, por tanto, del uso de un diapasón para dar las notas. Esto, sin duda, constituía algo mágico para mí en esa época.
>
> Con el tiempo, y en la medida que fui incursionando en la dirección coral, valoré otra de las importantes facetas del profesor Villarroel: sus arreglos corales de famosas melodías y obras chilenas tradicionales. Hasta el día de hoy, realizo una de ellas: la zamacueca de José Zapiola *Un negrito muy fino*.

Rememorando su época de integrante del Coro de la U. de Chile durante la década del 50 y 60, Marco Dusi, actual Director del Coro *Jubilate* de Valparaíso, destaca:

> De su personalidad musical recuerdo su finísimo oído y la gran sensibilidad armónica. Estas virtudes se observaban en su trabajo de preparación del repertorio sinfónico, *a capella* y en las armonizaciones y arreglos de temas y canciones tradicionales chilenas, en las cuales se reflejaba un noble, sobrio y profundo amor por la gente y la tierra de Chile. Recuerdo el encanto de sus versiones de *Mi caballo blanco*, *Un negrito muy fino*, *La Tranquera*, *Mi casa de campo*, *Tonadas de Manuel Rodríguez*, etc.
>
> Otra faceta de su personalidad fue la que se reflejaba en la profundidad de su interpretación de las grandes obras religiosas *a capella* de los antiguos polifonistas, especialmente de Tomás Luis de Victoria, seguramente uno de sus predilectos.
>
> Es justo recordar a Hugo Villarroel como un verdadero intérprete, con toda la importancia que esa palabra y concepto revisten.
>
> Un especial motivo para recordar a Hugo Villarroel con afecto, fue su carácter gentil y jovial que nos brindó gratos momentos en esos lejanos años.

Gilberto Ponce Vera, Director Coro "Pro Arte" y profesor de Educación Musical y Estética del Colegio San Ignacio El Bosque, conoció a Hugo Villarroel hacia fines de los años 70 cuando ingresó al coro Sinfónico de la Universidad de Chile. Inspirado en aquellos tiempos, en que ensayaban la *Pasión según San Mateo* de J. S. Bach, evoca:

> Es difícil no recordar ese momento, todos cantaban, y yo muy perdido, tratando de seguir. Todos daban vuelta las páginas cuando yo apenas iba al comienzo..., buenos compañeros me señalaban a cada rato donde tenía que mirar. Para colmo era en alemán... Al final del ensayo cuando me retiraba pensando que no tenía nada que hacer allí, me topé con el maestro, quien al ver mi expresión, me animó a darme un poco de tiempo, que él también había empezado alguna vez, y que las cosas se solucionarían con mi empeño y "con su ayuda, pues él estaba para eso". Esto no lo hizo sólo conmigo, sino también con otros nuevos que también estaban aterrados con el trabajo que se nos venía.
>
> Hugo parecía de optimismo sin límites, nada era imposible, sólo había que ponerse manos a la obra... y ese año tuvimos "varias": además de la *Pasión*, el *Salmo Húngaro* de Kodaly, el *Carmina Burana*, la cantata de Fernando García *América Insurrecta* con textos de Neruda y el repertorio *a capella* donde apareció la otra faceta de Hugo Villarroel, el genial arreglador de música.
>
> Con obras siempre de un buen gusto, difícil de igualar, recuerdo por ejemplo *Un negrito muy fino*, *Mi Cutral*, entre otras, pero sin duda una de sus obras maestras era el saludo del coro, el C.H.I., que era una de las cosas que conmovían al público de cualquier parte. Me enteré que lo había escrito casi a la carrera en una de las giras del coro. La pregunta que siempre me asaltaba, porqué no era un histérico y un divo, como era la imagen que yo tenía de los directores. El sólo era siempre la misma buena persona, el lleno de bondad y preocupación, con unos modales a los que era imposible no responder con la mayor de las gentilezas, era uno de los pocos "caballeros" que uno podía observar. Su pasión era una: "hacer música".
>
> Creo que una de las facetas más interesantes de Hugo, tiene que ver con los aportes que hizo a la música coral de nuestro país, y pienso que ahora se puede valorar más, sobre todo si vemos y escuchamos una cantidad enorme de malos arreglos corales, que muchos coros cantan sin pudor alguno. En los viajes que hice con el Coro de Cámara al exterior, cada vez que cantábamos obras armonizadas por Hugo Villarroel, eran recibidas con los mayores elogios. El crítico del Colón en Buenos Aires alabó sin reservas *La Tranquera*, considerándola una obra maestra de buen gusto.
>
> El no pretendió ser alambicado, ni hacer demostraciones de conocimientos armónicos o de contrapunto. Simplemente, y como era su norma de vida, se ponía humildemente al servicio de la música. No siempre fue bien comprendida su bondad, se la confundió con debilidad, y muchas veces calló, para evitar que alguien se sintiera ofendido. Donde

no calló nunca fue en el hacer música.

Tuve el privilegio de tener que reemplazarlo por enfermedad, asumiendo simultáneamente el Coro Sinfónico y el de Cámara, una vez en gira al norte de Chile y en otra oportunidad, preparando el estreno para nuestro país de *Orfeo y Euridice* de Gluck, producción que obtuvo el Premio de la Crítica dc csc año. Fue un homenaje a él, ya que le habría gustado mucho estar en ese evento.

Sólo tengo buenos recuerdos, como cuando con el Coro de Cámara hicimos la primera versión integral de la *Pasión según San Mateo* de Bach. El Coro de Cámara contaba con cuarenta integrantes y para la obra necesitábamos cincuenta. Le pedí a Hugo los diez restantes, accediendo gustoso, a pesar de las obligaciones que tenía el Sinfónico, y no sólo eso, "te buscaré la mejor gente" dijo, se lo merecen Bach y el Coro de La Universidad de Chile.

Ese era Hugo Villarroel, un sembrador de música, bondad y belleza.

Intérprete ocasional del Coro Sinfónico de la U. de Chile y amiga de la familia, Verónica Sierralta, Profesora del Instituto de Música P.U.C., conoció en un plano más personal a Hugo Villarroel. En su testimonio dice:

Trabajar con don Hugo fue siempre muy agradable, era muy musical y amaba la voz humana, aunque la suya era una voz muy difícil, producto - quizás - del cigarro o de haber cantado ya demasiados años. Cantaba todo y todas las voces: soprano, alto, tenor (el era tenor) y la del bajo. En su oído estaban todas las melodías y armonías. No usaba diapasón y sólo a veces recurría al piano, el cual tocaba con muy poca técnica. Tenía, por supuesto, oído absoluto o un oído extremadamente educado. Según supe, todo lo que sabía era por lo que estudió en el Seminario, ya que él iba a ser cura.

Al ser amiga de sus cinco hijos pude palpar muy de cerca su calidad humana y la de toda su familia. Ellos estaban siempre cantando o haciendo, de una u otra forma, música. Todos cantaban y leían, incluso la "Teresita", la señora de Don Hugo. Como familia eran muy creyentes y por esa razón se cantaba mucha música religiosa. Yo colaboraba con ellos y en muchas ocasiones fuimos a cantar a diversas misas, funerales o matrimonios de gente amiga o conocida por ellos. Todos sus hijos eran, de alguna manera, músicos. Su hija Mónica, especialmente, tenía una bellísima voz de soprano; Patricia, una sólida y potente voz de alto; Alejandro cantaba como tenor y Juan Pablo y Hugo, eran bajos. Era el perfecto cuarteto vocal, más la señora Teresita como alto. Ellos siguieron cantando hasta

que don Hugo murió. Todos los que fuimos a su funeral pudimos escuchar nuevamente a la familia en el último adiós a su padre. Ese día sus hijos interpretaron una de las misas que don Hugo compuso.

Su vida estuvo rodeada de amor ya que él era una persona extremadamente amorosa, era cálido y amaba a su familia por sobre todas las cosas. Tuvo la bendición divina de tener una familia que siempre lo apoyó en su gran amor que fue la música y a la cual dedicó toda su vida. Don Hugo trabajó muchísimo, pero siempre dijo: "Yo nunca he trabajado, sólo hago lo que me gusta ".

Aludiendo al carácter y dotes musicales de Hugo Villarroel, Guido Minoletti, Director del Coro Sinfónico de la Universidad de Chile dice:

Mi primer contacto con Hugo Villarroel Cousiño fue a través de sus arreglos corales, algunos de los cuales cantábamos con mi Coro de la Escuela Dental, a fines de la década del 50. En esa misma época lo vi en varias oportunidades dirigir el Coro de la Universidad de Chile, del que era director, junto a Marco Dusi.

Terminados mis estudios de odontología, ingresé al Coro de la Universidad donde lo pude conocer personalmente y apreciar sus cualidades más sobresalientes: su carácter bondadoso y cordial, y sus extraordinarias dotes musicales innatas. Admirábamos, por ejemplo, su facilidad para armonizar melodías y tocarlas en el piano en cualquier tonalidad sin esfuerzo aparente y también la finura de su oído, que detectaba aún las más pequeñas desafinaciones dentro del coro.

Me tocó sucederlo, en 1985, como director del Coro Sinfónico de la Universidad de Chile (hacía varios años que el Coro de la Universidad de Chile estaba dividido en dos grupos: Sinfónico y Cámara). Desde esa época he contado con la valiosa ayuda de su hijo Hugo, primero como Subdirector, y ahora como Director Asociado y, desde el año 2001, trabaja también con nosotros Juan Pablo, otro de sus hijos.

El talento y las cualidades del maestro Villarroel siguen vigentes en el Coro de la Universidad de Chile a través de ellos, y su espíritu continúa vivo en la institución a la que estuvo vinculado durante la mayor parte de su vida.

Como una carta imaginaria y dando libre curso a su emotividad, Hugo Villarroel hijo expresa acontecimientos, situaciones, imágenes o detalles de la vida familiar cotidiana.

¡Cuántos recuerdos hermosos me dejaste!

Aún guardo en mí imágenes de cuando tenía cinco o seis años cantando con mis hermanos a tres voces en plena calle porque algún amigo tuyo con quien te encontrabas te lo pedía. Actuaciones en televisión, en empresas, en colegios, siempre dirigiéndonos, siempre enseñándonos.

Recuerdo nuestras interminables sesiones de ajedrez en Zapallar por el año 1961 o 1962. Yo tenía siete u ocho años. Aún están en la que fuera tu casa junto a la mamá los cuadernillos en los que anotabas nuestras partidas.

Cuantas veces te acompañé en tus ensayos del coro de la U. de Chile o de la U.Católica ¡Tantas imágenes me vienen a la mente! Nuestras salidas al Parque Forestal después del almuerzo con mis hermanos chicos para que la mamá pudiera descansar. Siempre estuviste presente en nuestros juegos y estudios, a pesar de tu trabajo incansable desde la mañana hasta la noche. Trabajabas en tres o cuatro colegios más el coro, pero te las arreglabas para estar con nosotros. Sé que fui tu regalón, aunque nunca nadie más lo supo. Supiste guardar ese secreto frente a mis hermanos, pero yo sí lo sabía. Cuando te sentabas al piano a tocar y cantar tangos y boleros, que tardes más hermosas vivimos en familia y siempre la música, tú música, estuvo presente. Pudiéramos decir que ella fue el hilo conductor de nuestras vidas... pero cuando te enojabas...uyyy...

Siempre recto. Nunca un garabato o una palabra indebida. Cariñoso con todos. Amable. Cuantas veces en invierno yendo en auto, subías a alguna madre con su hijo en brazos para que no se mojaran.

Y qué decir de tu sentido del humor. Siempre la talla a flor de labio. Los juegos de palabras. Esas veladas en Limache, con la casa llena de amigos que preferían compartir nuestra vida familiar, nuestros juegos y cantos a andar de "carrete", como dicen hoy los lolos.

Fuiste un hombre en el mejor sentido de la palabra. Un hombre bueno y noble que supo ser feliz haciendo felices a aquellos que lo rodearon. Hoy, a más de un año de haberte separado físicamente de nosotros, sigues estando tan presente como antes en nuestras vidas. Desde allá arriba nos das la fortaleza y el aliento cuando éstos parecen abandonarnos. Sé, sabemos, porque así tu nos enseñaste, que algún día, volveremos a encontrarnos.

Sensibilidad, sencillez y generosidad como forma de vida, son rasgos que Juan Pablo, hijo del maestro Villarroel, destaca en su testimonio.

Es difícil referirse en forma breve sobre alguien que ha llenado tu vida con tantas cosas. Tuve la dicha de tener un papá alegre, interesante, entretenido, por lo que me ha costado mucho elegir alguna faceta de él para contar. Pienso, sin embargo, que la herencia más importante que él nos deja es la de haber sido un hombre muy feliz. Amante de su mujer, de sus hijos, nietos, amigos y de su trabajo. En otras palabras, amante de la vida.

Mi padre fue un enamorado de la vida. Disfrutaba de las cosas simples, de la belleza de las cosas simples. Podía quedarse largos minutos observando un árbol o disfrutar del canto de los chincolitos, que identificaba a gran distancia. "Que lindo el chincolito" decía, y nadie había oído nada, pero él sí. Sabía estar despierto, atento. Ese saber estar despierto lo llevaba a todos los ámbitos de la vida. Si alguien necesitaba de consejos, él estaba ahí. Si alguien necesitaba hablar de algún problema, él estaba ahí, o simplemente, si alguien necesitaba que le abrieran una puerta porque venía con las manos ocupadas, él estaba ahí. Siempre despierto, siempre atento. Y por eso fue feliz. Porque servirle a los demás, lo hacía feliz. Preocuparse por los demás, lo hacía feliz. Y asi fue en su casa y fuera de ella.

No quiero referirme a mi padre sin hacer alusión a sus condiciones musicales. A sus pocas comunes condiciones musicales. Jamás siguió cursos regulares de música. Fue descubriendo solo el lenguaje musical y llegó a manejarlo a su antojo. No necesitaba instrumento para componer, porque lo oía todo internamente. Y eso es poco común en una persona que nunca estudió un instrumento. Uno entiende que un pianista o un organista, que pasa su vida sentado frente a su instrumento, tengan una buena audición interna, pero alguien que no lo ha hecho, es extraño. La primera pieza musical que él compuso fue una *Letanía a la Virgen* a tres voces, usando correctamente las leyes de la armonía y el contrapunto. La hizo en clases de física, en el colegio, porque estaba aburrido, contaba él. ¿Cómo lo hiciste? le pregunté una vez, "lo oía todo", decía, "sólo la cadencia final no la oí y necesité el piano". Debe haber tenido unos 14 o 15 años cuando compuso esto y todo lo que sabía de música era lo que le habían enseñado en el colegio. A tal punto desarrolló su audición interna, que un día Juan Amenábar le pasó una partitura recién terminada de copiar y de revisar: la *Canción Nacional*. El la miró, y al ratito descubrió un error de copia en uno de los instrumentos. Saltó Amenábar de la silla y le dijo: "no puede ser, la han revisado tres copistas con el original en la mano". Y el papá contestó: "esto suena distinto a como

es", y tenía razón. Había un error de copia.

Mi padre sabía obviamente que su talento era poco común y jamás hizo afán de ello. Tenía claro que Dios le había dado ese don y que tendría que responder algún día por ese talento dado. Y así lo hizo. Siempre despierto, siempre atento.